

Corpus Documental para la Historia del Arte en Jaén, Arquitectura del s. XVI (I)

Miguel Viribay

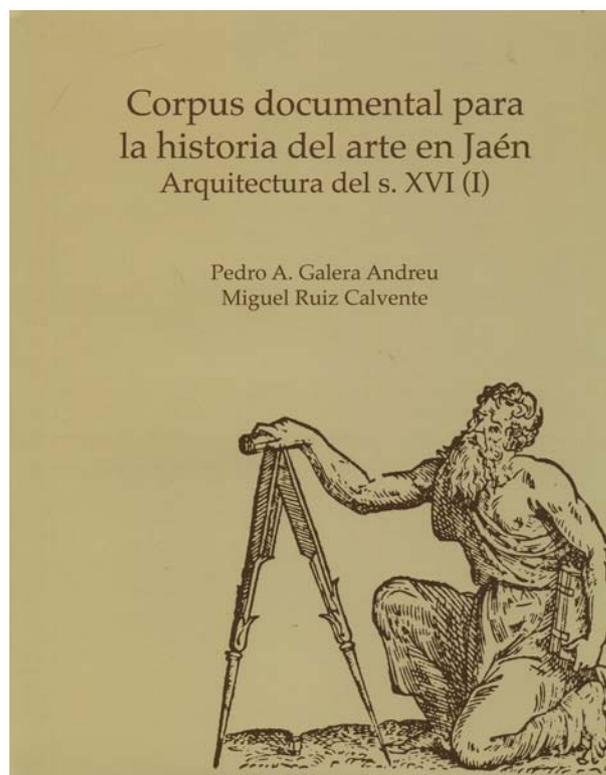
Consejero del Instituto de Estudios Giennenses

Conferencia de presentación de este libro celebrada en el Palacio Provincial de Jaén el siete de junio de dos mil siete.

Magnífico Rector,
Ilmo. Señor Diputado,
Ilmo. Señor Director.
Consejeras. Consejeros.
Señoras y Señores.

Sean mis palabras de muy alto reconocimiento a los autores del libro que aquí y ahora presentamos y a las instituciones que respaldan su publicación –Universidad de Jaén, Instituto de Estudios Giennenses y Diputación Provincial–, por confiarme estas consideraciones que acompañan la puesta de largo de esta criatura historiográfica y, por qué no, también literaria.

Efectivamente: se trata de un *corpus* documental editado por el doctor Galera Andreu a partir de documentos compilados por el editor de la obra y por el profesor Miguel Ruiz Calvente, y debo advertir que los escritos del primero, a los que estoy más acostumbrado, siguiendo una



tradición muy arraigada en los historiadores ingleses, son textos de gozosa lectura, bien dispuestos para comunicar sin fatiga la, sin embargo, muy ardua labor del investigador. Los del segundo, los de mi admirado tocayo y hasta hace escaso tiempo compañero de tareas

docentes, guardan en mí ecos más lejanos, pero igualmente eficaces. Ambos me ayudan a conocerme y conocer la historia que me envuelve y justifica este paraíso de arte del Sur interior, a cuyo conocimiento contribuyen cabalmente ambas personalidades, por lo demás, responsables de este primer volumen de la naciente y ejemplar colección documental.

A nadie se le escapa que para conocer deberíamos conocernos. Así se sustentan con legitimidad las bondades que nos preceden y nos configuran como esa entidad histórica que hace

posible el material incorporado a este *corpus*, cuyo estudio adquiere redoblado interés, en un período caracterizado, entre otras cosas, por los circuitos turísticos y seudo culturales que, aún conduciendo a las personas a modo de manada, querámoslo o no, amplían su horizonte cultural y, claro es, el de esta sociedad que, de algún modo, nos sostiene y nos determina.

Es probable que la cultura de las otrora llamadas élites sea más áptera. Sin embargo, paradojas aparte, o *paradoxalmente* a parte, como en verdad gustaba pronunciar Ortega, los conocimientos generales se han horizontalizado tanto cuanto han crecido los grupos humanos que los fomentan, los disfrutan y los padecen. Quiero decir que, en todo caso, el eje de la pirámide cultural ha reducido su altura en proporción infinitamente menor al crecimiento del área ocupada por cualquiera de las secciones que, de modo paralelo a su base, pudiésemos trazar.

La globalización y el tiempo histórico que la precede desde que Tonybee precisase la existencia de la posmodernidad, no han creado escuelas de pensamiento parejas a las que a todos se nos pueden ocurrir –incluso la llamada de Frankfurt parece haber entrado en crisis o, por decirlo de modo menos categórico, en proceso de revisión–, sin embargo el conocimiento se acerca de modo muy tenaz, diverso y crecido a las clases que el sociólogo Matei Calinescu estudia en *Cinco cartas a la modernidad*.

Y es en este lugar o, precisándolo más, desde esta reflexión encaminada a estudiar el comportamiento de las mayorías humanas, tan ajenas a las masas que Ortega temía y Hegel alentaba, donde alcanzan capital importancia libros como este primer *Corpus documental para la historia del arte en Jaén*, cimero en cuanto a nosotros hace y, claro es, riguroso y exigente hasta donde la Ilustración aconsejó a esta disciplina.

La observación, acaso innecesaria, tiene que ver con la sigilosa sospecha que se pudiese establecer ante cualquier aproximación a indagaciones humanistas verificadas través de estudios académicos... Precisamente –recordémoslo– de la Ilustración –lo advertía no hace mucho

Fernando Savater– se ha dicho, «que, a veces persiguiendo a los fantasmas, mató el espíritu». Sin embargo, a mi modo de ver –en este sentido mi advertencia–, es infinitamente peor que los fantasmas acaben con la Ilustración, cualquier tipo de ilustración. Algo que, dicho sea de paso, espero que no suceda.

Instalado en tal certeza, siempre esperaré más del poder de la cultura que de cultura del poder. En consecuencia, la cultura, y por ende su historia, se defenderán de posibles ultrajes, sean los que fueren. Quiero decir: nos defenderá... Como explica Juan Ramón a Ricardo Gullón en el celeberrimo libro *Conversaciones...*, «Hay muchos modos de entenderse, y aunque yo no pienso mucho en el futuro, en el porvenir, creo que la cultura se defenderá».

–¿Aun de la burocracia? ¿Aun de las masas? ¿Cree en la cultura de las masas?, inquiera Gullón.

–«Creo que se defenderá en todo caso. La realidad es mucho más rica que la imaginación, y veremos cómo opera en el mañana. Valerí no tenía razón: una civilización no muere, como muere una persona, porque cada hombre comunica y transmite el pasado a otros. Y nunca hubo tanto interés por el pasado como el que en la actualidad existe».

Venturosamente este aliento sigue existiendo. Incluso se ha visto muy reforzado desde los días del citado diálogo entre el poeta andaluz y el escritor de Astorga, ciudad, digámoslo de paso, en cuya catedral existe un retablo concebido por un jaenés de Baeza que fue guía de gran parte de la retablística norteña.

El encuentro entre los dos hombres de letras, tuvo lugar en el ámbito universitario de Puerto Rico en un tiempo en que Jaén y su provincia, estaban dejando de ser tierra de tránsito hacia Sevilla, Córdoba y Granada, y se convertían en paso obligado para acudir a la hoy normalizada cita con las aguas españolas del litoral sureño, de algún modo, preludio del actual turismo cultural, que viene a ser, entre otras cosas, una proletarización del espíritu romántico que alentó los viajes.

Sí. Algo va cambiando en el universo cultural de España y, claro es, en el jaenés, desde que Federico de Onís en prólogo al libro de Gaya Nuño sobre la vida y obra de Cristóbal Ruiz, en fechas próximas a las del encuentro de los escritores citados, se lamentó de la atención prestada a nuestra historia en los siguientes términos: «De Jaén nos quedamos sin saber nada. Toda nuestra evocación literaria son las tres morillas de Jaén en las que sobrevive la España árabe, y D. Lope de Sosa, el caballero de la cena jocosa que se complace en la rica comida española»...

En verdad poco más había... Pena, verdad. Sí. Pena más que grande en una tierra tan rica en aconteceres y en arte. Tierra en fin, como sigue precisando el de Astorga, «en que se han librado dos de las batallas redentoras del conflicto que decidió la demarcación de Europa» y, en grado mayor, afecta y determina la cultura del Santo Reino. Tierra interior: muy andaluza por cierto, en la que sin embargo no es árabe todo lo que reluce.

Tierras centrales en el paso de Castilla a Andalucía, con sus mixturas y, probablemente con sus deudas, pero también, no lo olvidemos, con su grandeza, claro que sí, dentro de España y aún de la muy plural geografía andaluza: leamos con cuidado el apretadísimo haz documental integrado en este *corpus*, concluido con un informe sobre el entorno urbano de nuestra catedral y el otorgamiento de la Torre del Alcotón a la iglesia, y enseguida comprobaremos su aportación a nuestra historia y, claro es, a la que constituye el acervo documental de España.

RIGOR HISTÓRICO

Una figura tan señera en la historiografía del arte como la de Gombrich, escribió que «Las canteras del hombre de saber histórico son las bibliotecas». El profesor Bonet Corea así lo recoge en un prólogo escrito en 1976 destinado a introducirnos en las 640 páginas de *La literatura artística*, libro escrito por Julius Schlosser, maestro de Gombrich, en la que se precisa el perfil de las fuentes que alientan la Historia Moderna del arte.

Sin embargo, con ser cierto lo advertido por el egregio historiador, también es verdad y no de menor calado, que antes de llegar a las bibliotecas el saber histórico duerme o, a veces, sólo dormita, en los documentos, en las hemerotecas..., a los que acude el investigador para despabilarlo y desvelar –por decirlo parafraseando a Heidegger– la *verdad verdadera* de la historia.

Este libro, sin restar importancia al insigne maestro, tiende a justificar la certeza del poeta andaluz manifestada en fechas muy próximas a su obtención del Nobel de Literatura... Sí. A mi modo de ver, aquella percepción del universal andaluz cobra redoblada dimensión en nuestros días y, sin duda, desde el rigor histórico, refuerza la legitimidad de esta tierra, otrora empalidecida e inadecuadamente maquillada debido a la desgana que produce el victimismo y, por qué no, el complejo que arrastramos los jaeneses desde que quebrase el siglo XVII:

¿Qué podemos hacer ante hermanas tan singulares como Córdoba, Sevilla y Granada?... Además de estudiarnos y comprendernos para conocer –déjenme que lo diga otra vez– la *verdad verdadera* que nos precede, pensar, repensarnos y, claro es: creer en nuestra historia. ¿O es que, al menos tres o cuatro escultores nacidos en esta provincia no centran el interés de la escuela andaluza de escultura durante los siglos XVI y XVII?. **Sin movernos de geografía** ni de época, ¿no es cierta la grandeza de uno de los pintores más significativos y personales de la misma escuela?...

Al margen de esta y otras sospechas, venturosamente ya tenemos certezas de las que empezamos a sentirnos orgullosos: nuestro renacimiento a partir de la gigantesca figura de Andrés de Vandelvira... Por cierto, con la excepción de Chueca Goitia y escasas personalidades más, nunca antes comprendida dentro de la consideración cimera que la nueva historiografía giennense alentada por el profesor Pedro A. Galera Andreu concede al arquitecto.

Así las cosas, no parece dislate alguno y, desde luego no deseo que constituya sólo ocasional reconocimiento, significar que el interés

por la trayectoria de nuestra arquitectura se vio muy reforzado con la llegada a Jaén de Pedro A. Galera, ciudad a la que arribó allá por el lustro que inicia el decenio de los setenta de la mano de la también historiadora giennense Luz de Ulierte Vázquez. Desde entonces, opera como cabeza de la escuela de historiadores jaeneses, empeñados en rescatar casi de las tinieblas, lo mejor de nuestro patrimonio.

Ciertamente. En una geografía tan dada al ensombrecimiento de su pasado, la figura del riguroso historiador nos viene muy bien. Ella nos recuerda quienes somos, sustituyendo los lugares comunes por razones que determinan nuevos campos de reflexión de los que brota la nueva memoria histórica afirmando que, efectivamente, como ya advirtiese Juan Ramón y aquí hemos recordado, «una civilización no muere, mientras exista un hombre dispuesto a defenderla»

EL LIBRO

Hace algunos años en Granada, donde la calle de San Juan de Dios alcanza el Pase de Triunfo, me encontré a uno de los autores de esta publicación y le aconsejé que regresase a Jaén. No. No lo hice por reconocimiento al amigo. Lo prometo: los humanos somos así de cicateros con nuestros semejantes: lo hice por verdadero egoísmo ¿Cómo perder y dejar perder su acumulación de saber durante tantos años obtenido...?

Poco tiempo después el doctor Galera regresó a la ciudad donde había iniciado su principal línea de investigación en la que, entre otros menesteres historiográficos, destaca la figura de Andrés de Vandelvira, cuyo nombre nomina este Grupo HUM-573 surgido al abrigo del Programa Andaluz de Investigación (PAI) que alienta el conjunto de documentos que estamos presentando. Grupo, en precisión de Galera Andreu, «encaminados a formar un Corpus Documental para la Historia del Arte en Jaén, que recoja tanto materiales inéditos en su mayor parte, así como otros publicados».

Así esta primera entrega, que ustedes con su presencia también están presentando, gracias por ello. En fin, se trata de un libro de cuatrocientas setenta páginas, editado con todo mimo por Galera Andreu, cuidadosamente encuadrado en «Taller del libro» (Córdoba) con tapas rígidas y letras grabadas en oro sobre la cubierta, protegidas por una sobrecubierta diseñada por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Jaén en la que, a manera de símbolo que seguramente desea desvelarnos el propio editor, se nos acerca un concepto de diseño sosegado y limpio, dedicado a embellecer la singularidad de esta pieza impresa con letra palatino sobre papel ahuesado de 100 impreso en Gráficas «La Paz» de Torredonjimeno.

No. Como ustedes se han percatado, no estamos hablando de una de esas ediciones reducidas destinada a bibliófilos. Se trata de un libro para el estudio y, por decirlo con palabras ya prestadas por Gombrich, «Las canteras del hombre de saber histórico». Esto es: para la brega de historiadores y estudiosos dispuestos a fortalecer el acervo historiográfico de Jaén y el de España. Sin embargo, créanme si les digo que he tenido en mis manos pocas obras de esta naturaleza tan bella y ejemplarmente cuidada.

Ella viene a quebrar esa inercia de los charlatanes de turno que gustan utilizar términos como «negro sobre blanco» para referirse a la letra impresa... No, aquí no hay negro sobre blanco, por consiguiente, olvídense de tal rutina los nuevos y muy sesudos tertulianos. Partiendo de gamas derivadas de los sepias del grabado clásico –no olvidemos que en la sobrecubierta figura un estampa procedente de un buril–, el lector recorrerá sus páginas descargadas de letras, donde la generosidad de los espacios con ausencia tipográfica marcan sabia y eficazmente la elocuencia del silencio. ¿Qué sería la música sin el silencio que la precede y la termina?

Siguiendo la más cabal tradición pictórica, con excepción del ISBN, los negros y los blancos han sido desterrados de la edición, como los grandes pintores los desterraban de su paleta: ensucian los colores, aunque Goya y Solana, ¡ahí es nada!, los utilizasen y singularicen su

grandeza. Con toda razón, el blanco también es desdeñado: enlechece los colores..., y Sanidad, si fuese verdaderamente responsable, debería prohibirlo en los libros. Al menos en los textos destinados a nuestros estudiantes de cualquier nivel. ¡No les digo nada si el papel o la cartulina son couché...!

Por cuanto hace al contenido, en buena parte significado a través del correlato narrativo que ustedes y yo venimos siguiendo, consta en el índice. Sí: además de la presentación y una introducción, verdaderamente espléndida, concluida con el reconocimiento a numerosas personas del entorno historiográfico jaénes, figuran trescientos ochenta y cuatro documentos distribuidos en tres capítulo. A saber: **I. Los artífices. II. Procesos constructivos. III. La ciudad de Jaén en su arquitectura.** Todo ello concluido con los correspondientes índices onomástico y toponímico que, como están pensando, hacen altamente operativo el manejo de tan cabal y mimada obra.

Esto y cuanto pueda haber ocultado mi ignorancia y la ocasional prisa del momento, lo percibirá el lector avisado al recorrer las páginas con la

mirada y el entendimiento. De su realidad y, claro es, de la enjundia que enaltece, testimonia y eleva a cima su enorme caudal historiográfico, enseguida darán cumplida cuenta los autores.

Por cuanto a mí hace, aún debo pedir disculpa a ellos y a ustedes. Sí: se me ha olvidado desgranar los méritos del amplísimo curriculum que adorna las respectivas personalidades de quienes, con toda legitimidad, ostentan la paternidad de esta excelente criatura historiográfica que estamos presentando en sociedad... De cualquier modo, fuera de toda retórica, ustedes probablemente los conocen mejor que yo... En último caso, son amigos de cuantos aquí estamos.

Con nosotros sudan y beben el vino de nuestra historia en el tendido de esta todavía umbrosa plaza del Sur a la que alumbran con su altísimo saber y su impagable dedicación al estudio de nuestro arte. Al cabo, historia del Santo Reino y su provincia toda... No creo que en su especialidad abunden personalidades de semejante altura y tan cabal dedicación.

Muchas gracias.



